

4 – La célebre Ribeauvillé. El inquietante Château de St-Ulrich y de Girsberg. La amurallada Bergheim. Paseando entre los viñedos de St-Hippolyte y Kintzheim. El imperial Castillo de Haut-koenigsbourg. La engalanada Scherwiller.

RIBEAUVILLÉ



El paisaje a floraba dominado por campos de viñedos, maíz, prados y bosques de robles. Saboreaba por adelantado el momento en que llegaría a la maravillosa Ribeauvillé, cuando súbitamente asomó en la ladera de un valle, al pie de la montaña y rodeada de un entorno espectacular de bosques y viñedos.

Conducía mezclado en el tráfico, recorriendo la calle que discurría por la parte baja de la población, y en aquel lugar de la ciudad imperaba el caos. Al ruido del tráfico se añadía el de los numerosos visitantes llegados en autocares turísticos. Había un gran alboroto en las calles y al desembocar en una de las arterias más comerciales, se oían voces por todos lados.

Una vez dentro del pueblo, quedé fascinado. Me abstraí del bullicio y me concentré en la arquitectura seductora, conservada perfectamente, de entramados de madera y magníficas obras de balcones con ventanas abundantemente floridas. Color y elegancia por todos sus rincones. Las fachadas multicolores dominaban la arquitectura de los espacios y sus pinturas se apoderaban de toda la luz. Pasajes que habían quedado congelados ahí, para toda la eternidad, y que semejaban algo que parecía no haber visto en realidad, como si proviniera de la imaginación. Y en seguida había pensado en un espejismo, en una ilusión que estuviera conduciéndome intencionadamente hacia algún sitio lejano en el tiempo.





El pueblo se dilatava en una larga calle, la “Grand Rue”, revestida de adoquines y entre viejas casas de artesanos y “vignerons”. Todo se mezclaba, los olores de las almendras de los pasteles típicos “kougelbopf” y los efluvios de bodegas donde el vino envejece en barriles. Las plazas asomaban adornadas con fuentes que a su vez están adornadas con esculturas renacentistas y flores.

La “Tour des Bouchers”, o de los carniceros, asomaba desafiante sobre los viejos tejados. Un resto de las antiguas fortificaciones. Construida en el s.13, y ampliada con otra planta en el s.16, la torre debe su nombre a la presencia de un matadero cercano. Fue prisión y lugar de torturas. Pasada esta torre me internaba en la parte alta de la ciudad, era la más tranquila. Los turistas parecían tener pereza en llegar a este lugar, o puede que la falta de escaparates y mercadería no les animase, en todo caso esta zona era magnífica. La “place de la Sinne” estaba rodeada de hermosas mansiones de entramado de madera y en el centro se hallaba una fuente, coronada por una estatua femenina que representa la ciudad.







Continuando por la calle aparecía la “Place de la Republique”, un lugar tranquilo y evocador, con casas más bajas y los viejos lavaderos que discurrían por un lado de la calzada. Otra bella fuente adornaba esta plaza. A lo largo de toda la visita de Ribeauvillé, en el lejano paisaje, se destacaba la presencia de unas magníficas ruinas de castillos que se alzaban en la montaña. Esta plaza es el inicio de las rutas que ascienden a estos castillos.

El día estaba muriendo, pronto el sol se ocultaría detrás de las montañas, y decidí dejar la excursión de los castillos para el día siguiente. Bajando de vuelta, por la misma calle, el ambiente era más tranquilo. Los autobuses turísticos habían marchado y el sol arrojaba largas sombras sobre el asfalto.

Llegué a Hunawihr a pasar la noche, en lo alto de la colina y al lado de la iglesia, y contemplaba un bello atardecer cuya luz otorgaba al entorno un calor ambarino. La hierba cálida del prado invitaba a tumbarse en ella, del jardín llegaba el aroma a flores en el calor de la noche veraniega. La noche fue templada y el cielo estaba lleno de estrellas.











CHÂTEAU DE ST-ULRICH Y DE GIRSBURG



Un tímido amanecer se esparcía por los campos. El sol del Este alumbraba los perfiles de las montañas, que se sucedían como gigantescas olas de tierra y bosque. La luz se deslizaba sobre los prados ensanchándose y extendiéndose como la marea creciente. Los habitantes todavía descansaban, las tiendas cerradas. Solo los pájaros habían empezado a saludar al nuevo día posados entre los árboles y sobre las cornisas.

Me hallaba de vuelta en Ribeauvillé, esta vez entre calles desiertas. Enfilé, siguiendo una señalización, una callejuela que me llevó extramuros y llegué a una gran extensión de laderas, atravesadas por las murallas de Ribeauvillé, que bajaban de las altas las colinas. Me encontraba rodeado de las mejores viñas de esta popular población. En el ambiente había también algo que era diferente, más allá de la postal, tardé un rato en darme cuenta. El silencio, todos los sonidos habían desaparecido.







Dejando atrás las murallas el sendero empezó a empinarse e internarse entre las arboledas y, gracias a la panorámica abierta que me brindaba la cuesta, puede ver lo que se extendía más allá. La antigua Riveauvillé medieval protegida por sus murallas, por encima de las cuales asomaban los tejados de la ciudad. Una perspectiva, como de maqueta, que no había visto el día anterior recorriendo sus calles. Desde este lugar partían varios senderos señalizados que pasaban por entre los bosques de hayas o pinos y que ascendían a los castillos, y a las rutas de las montañas de los Vosgos.

Pasado un rato me detuve en un pequeño mirador, desde este lugar se dominaba todo el valle, donde los bancos de bruma del amanecer todavía no se habían disipado por el sol naciente. Arriba, en la montaña, descollaba una mole de roca coronada por bastiones verticales de aspecto inexpugnable.

A medida que me internaba en la vegetación, cada vez más espesa, riachuelos y torrentes se intercalaban con el sendero a lo largo de una pendiente que, poca a poco, se empinaba cada vez más en el bosque. Caminos que limpiaban con frecuencia para permitir que los excursionistas llegaran a su meta. Alrededor los perfumes del bosque, mezclados y endulzados por la humedad, creaban un aire placenteramente fresco y también tenía sabor. De rocío, de hojas secas y yerba verde.







Visitaba el castillo tocando las paredes, como si quisiera impregnarme mejor del alma de las piedras, que despojadas de la belleza de los oropeles trataba de mantener hasta el final una muestra de dignidad. Si uno prestaba atención podía oír el eco de los silencios pasados, sedimentados en el tiempo hasta conseguir aquella quietud granítica y perentoria. Desde el torreón miraba, con aire entusiasmado, la fantástica vista que se abría ante mí desde la altura. La llanura de Alsacia, el valle de “Strengbach”, la población de Ribeauvillé y toda la región montañosa y densamente arbolada que se elevaba más allá, y muy próximo despuntaba el pequeño castillo de “Girsberg”.

En la Edad Media la ciudad fue la sede del señorío de los condes de Ribeaupierre, la más noble familia de Alsacia después de la extinción de la de Eguisheim. Esta familia construyó los tres castillos, cuyas ruinas todavía dominan majestuosamente la ciudad y las colinas circundantes. El Castillo de “San Ulrich” (el más antiguo e importante de los 3 castillos) el Castillo de “Girsberg” y el castillo de “Haut-Ribeaupierre” (como su nombre indica, el más alto de los 3 castillos) este último estaba cerrado al público.



BERGHEIM



Mientras la carretera se incrustaba entre pequeñas colinas donde, de vez en cuando, aparecían los carteles de los distintos viticultores, podía ver el resplandor verdoso en el horizonte, donde la luz del sol arrancaba destellos plateados de las vides. El viaje estaba siendo perfecto con un tiempo veraniego y aquel paisaje, aquel momento, parecía tan sereno que me invitaba pasar tranquilamente a territorios profundos. Cerca de la superficie del alma. Había algo magnético en aquel lugar.

Si la primera impresión de una panorámica siempre es la más importante, el encanto de Bergheim actuaba como un poderoso sortilegio. Fue como entrar en otra dimensión, donde el tiempo pareció detenerse por completo, como atrapado en las densas redes de un sueño demasiado profundo.





En aquellas calles, donde la luz del sol iluminaba lo desconocido, había otro universo. Tenía un punto artificial e irreal. Como el atrezzo de una obra teatral de una delicadeza anticuada, un aire de desenvoltura heredada de la que se servía para seducir al visitante.

El volumen interior de Bergheim parecía sorprendentemente espacioso, comparado con la visión que se tenía desde el exterior y combinaba la austeridad de su plaza fuerte con el color junto a la elegancia de sus construcciones alsacianas de coloridas casas de entramado de madera, murallas y viñedos.

La puerta fortificada, o Puerta Alta, era el elemento más importante de la fortificación y la única de las cuatro que se ha conservado. Destacaba el techo de cerámicas y coloridas tejas vidriadas dispuestas en dibujos geométricos. La calle conducía, entre lavaderos que discurrían por canales, a una bonita plaza cuyo centro estaba ocupado por una fuente con flores veraniegas. De entre todas las plazas destacaba la plaza de las estacas, era donde se vendía y compraba las varas que mantienen en pie las viñas.

Las casas tenían un aspecto elegante y cuidado. Conjuntos de geranios tapaban las ventanas y decoraban cada rincón de la ciudad con magníficas obras florales en balcones, pozos, fuentes o cualquier otro artificio al que se le pudiese agregar este semillero de color y aromas.







Bergheim ha perpetuado la tradición secular del Tilo. El monumental Tilo de este lugar es el árbol más antiguo de Alsacia, fue plantado en el año 1300, desde entonces se celebran fiestas bajo sus floridas ramas. Esta increíblemente y bella población ha sabido conservar, casi completamente, sus murallas medievales construidas en el año 1311. Las fortificaciones están constituidas por una doble muralla, con una zanja exterior y flanqueada por 10 torres. Una zona de las murallas había evolucionado en viviendas, que seguían la forma sinuosa del muro con sus torres y conservaban sus huertas extramuros. Todo inmerso en una postal colmada de naturaleza y verdor.

Desde la Puerta Alta llegué rápidamente a los límites de la fortificación, de erizados bastiones, entre los que destacaba la Torre Cuadrada, la torre más antigua de la ciudad. Recorrí las murallas en un sentimiento de fractura entre la realidad y lo onírico. El paseo, en aquel escenario medieval, y bajo los baluartes que parecían arbitrar un silencioso duelo se me antojaba imaginado.









ST-HIPPOLYTE



Llegué, a primera hora de la tarde, a esta encantadora localidad. Era una tarde soleada y calurosa. La población se dispersaba desde una pequeña colina al pie de las montañas y herida por la carretera, que separaba los dos barrios. El arrabal que rodeaba a la bella iglesia gótica del s.14 con una fuente del s.16, y el caserío que se ensanchaba poco más abajo. St Hippolyte se ubica en el límite norte del Parque Natural Regional “Ballons des Vosges” y aparecía enclavado en un entorno de grandes extensiones de viñedos. Paseando por este pueblo, de sinuosos callejones de antiguo origen e historia medieval, descubría un elenco de patrimonio arquitectónico tradicional pintoresco, con antiguas casonas de entramado y numerosas fuentes floridas. Recuerdo las aguas de las fuentes, que brillaban bajo la luz del sol, y el placer que sentía al inspirar el aroma que exhalaba las flores perladas por gotas de humedad. El conjunto del pueblo daba una idea de candor y limpieza.





Sus caminos me conducían a los viñedos y a los restos del recinto fortificado del 1316, que todavía encierra casi toda la ciudad, aunque perdió las puertas fortificadas y las cuatro torres defensivas. A falta de estos elementos más destacables los restos de las murallas se perdían inmersas en la vegetación de jardines, huertos o se hallaban adosadas a las viviendas.

El área de autocaravanas de esta pequeña población tiene la particularidad de, en vez de acumularse todas en un mismo lugar, se hallaba dispersa por todo el pueblo en pequeños espacios para 2 o tres vehículos. Yo estacioné en el límite de la zona urbanizada y al borde de sus afamados viñedos.

Era un parquin herboso y soleado desde donde se divisaba, a través de parterres de rosales floridos (forma natural de detectar las plagas), los extensos viñedos de gran reputación de este lugar. A lo lejos, en lo alto de la montaña, se entreveía un majestuoso edificio de piedra roja compuesto de varios pabellones, murallas y torres. Era el castillo de Haut koenigsbourg. Tenía previsto pasar la noche aquí para, temprano al día siguiente, visitar el castillo.













El lugar invitaba a descubrir sus amplios espacios abiertos. Tenía toda la tarde por delante y marché a pie, atravesando los viñedos, a la cercana población de Kintzeim. Desde las alturas estos campos me proporcionaban una vista panorámica del pueblo y las grandes extensiones de un horizonte de mar verde, que aparecía insólitamente tranquilo, para ser época de vendimia.

Caminaba por praderas llenas de viñedos y colmadas de diferentes variedades de vides. Era por la tarde y hacia un bonito sol, nubes blancas aisladas cruzaban el cielo destacándose contra el azul purísimo. Los rayos calentaban la piel y el aire olía a hierba y campo. Caminaba notando el frescor de la tierra pero no había nada parecido a una brisa en el ambiente, donde el único aire que se movía era el que generaba yo al andar. Miré alrededor y respiré aquel aire que parecía muy limpio y quieto, era el resplandor de la existencia perfecta.



KINTZHEIM



Me encaminaba a lo largo de las viñas, que separan las poblaciones de St- Hippolyte y Kintzheim, y sobre la colina, al cambiar de valle, a los silenciosos campos les llegó un débil hálito que traía una sensación de paz. Deseaba que no acabara la caricia de aquella brisa. Sin darme cuenta traspasé la invisible línea que separa el alto Rin del bajo Rin y seguido asomé Kintzheim, asentada sobre una bella ladera en un lugar agradable y verde, lo que creaba aún mejor esa configuración de postal.

Hermosas casas con entramado de madera bellamente decoradas emergían de la viña y en aquella imagen había algo, una energía, era lo que había venido a buscar. Y la hallaba por toda Alsacia. Pueblos que conservan un aspecto rural y perfeccionado con bellas casas decoradas, con bonitas plantas y coloridas flores colgando de sus fachadas rejuvenecidas con sus pinturas, en fertilidad y lozanía. Pueblos que parecían no haber envejecido y que se encuentran suspendidos en la promesa de una eterna juventud y que con su absoluta negación a marchitarse, parecen representar poseer un pacto con el tiempo.





Toda esta postal rebosaba de una serenidad que parecía una foto fija, sin movimiento. En el pueblo reinaba el silencio pero caminaba con la sensación de no estar solo, podía notar esa prolongación de atracción magnética, en la que se disfrazan los sueños con la realidad.

La calle principal estaba llena de opulentas casas, combinando colores y formas, donde el perfume de las floras que devoraban sus fachadas añadía, aún más si cabe, un toque acogedor. Sobre la ladera se ubicaba los restos de un castillo, de aspecto palaciego, que fue propiedad de otra familia noble, los Rathasamhausen, familia que gobernó en nombre del imperio alemán, dueño de esta localidad. Hoy el castillo ofrece espectáculos de vuelos de rapaces.





El regreso a St- Hippolyte fue por el asfalto de una solitaria carretera, sin tráfico. A ambos lados había silenciosos y desiertos viñedos. En St- Hippolyte, y al atardecer, busqué un lugar tranquilo al lado de las viñas. Había una antigua farola y me senté a leer un libro. Durante el día mi compañía es la cámara de fotos, el paisaje y el descubrimiento, pero a la noche los libros constituían mi antídoto para el silencio porque llenaban mi mente con las palabras necesarias para colmar el vacío de la soledad.

El sol desapareció en el pueblo y solo quedó el castillo del “Haut koenigsbourg” iluminado por el sol del atardecer. La luz se apagó y todo quedó inmerso en la penumbra ambarina. A la noche, después del agitado día, dormí profunda y serenamente.







HAUT-KOENIGSBOURG



Mi mente se despertaba lentamente. El sol del amanecer iluminaba los viñedos haciendo resplandecer de plata dorada sus hojas y arriba, en lo alto de la colina, el castillo Haut-Koenigsgourg irradiaba un color rojizo. Me imaginaba su incendio en la guerra de los treinta años.

La carretera subía atravesando el cerrado bosque del monte “Stophanberch”, lugar donde se eleva el castillo, cuyas numerosas indicaciones de travesías me hacía entrever que era un lugar propicio para paseos y excursiones.

De repente aparecieron numerosos vehículos estacionados a ambos lados de la carretera. Era el lugar de estacionamiento gratuito para visitar el castillo. Multitud de turistas y visitantes se aglomeraban en aceras y calzada, entre ruido de risas y conversaciones que se extendían por la montaña, al tiempo que otros vehículos continuaban subiendo con la esperanza de encontrar estacionamiento más cerca del castillo. Me pareció un ambiente que rompía la escenografía del lugar. También llevaba muchos días viajando en tranquilidad







Reconstruido de uno anterior y ampliado en 1479. En la guerra de los 30 años y tras varios meses de bloqueo, fue asaltado por los suecos e incendiado en 1633. En el periodo en que Alsacia perteneció a Alemania (después de la guerra franco-prusiana) el emperador Guillermo, conocido por su posterior protagonismo en la Primera Guerra Mundial, quiso reafirmar su posesión de la reciente recuperación de Alsacia reconstruyendo el castillo en el 1900. Una reconstrucción que no fue tal, sino más bien una discutible recreación romántica. Se tenía el perfil de las murallas, pero un total desconocimiento de su alzado con sus tejados, los torreones y dependencias.

Entre la foresta asomaron unos largos muros rojos que brillaban al sol. Ya había visto fotografías y tenía su imagen vista desde St-Hippolyte, pero me llamó la atención el color rojizo de sus murallas. Pigmentación debida a la oxidación de la roca y que contrastaba con el verde del bosque que lo rodeaba. Levantaba la mirada hacia la imponente pared, oscurecida por el paso de los años, cuya solidez estructural transmitía y evocaba hazañas y episodios bélicos de indudable relevancia histórica. Tenía una estampa imponente.





Aparentaba ser una fortaleza sombría e impenetrable, pero con aquella perfección corría el riesgo de parecer poco creíble, como una recreación notoriamente convincente de un castillo palacio de la edad media. Yo, por mi gusto, prefiero las románticas ruinas de un castillo abandonado y solitario en medio de un apacible bosque. Pero, a pesar de su aspecto cinematográfico y el gentío, recuerdo que su visita fue una experiencia agradable. El conjunto daba esparcimiento al sueño y la imaginación.

La carretera pasaba, antes de iniciar el descenso, por el llamado “Bastion de L’Etoile”. Es la parte más baja del castillo y tenía un aspecto formidable con sus altos techos, la barbacana y las copas de los arboles saliendo de su interior. Desde la plaza se contemplaba una soberbia panorámica del llano de Alsacia.

Se recorría el anillo exterior del lienzo de murallas, por donde asomaban los primeros torreones, para pasar a través de dos sucesivas entradas por las que se accedía a un patio interior rodeado de edificios de estilos y arquitectura alemana. Eran el área de servicios del antiguo castillo. El conjunto parecía muy natural con el hostel, la fuente, el molino o la forja y todo ello rodeado por los matacanes y defensas que protegían la rampa que conducía al interior del castillo-palacio.



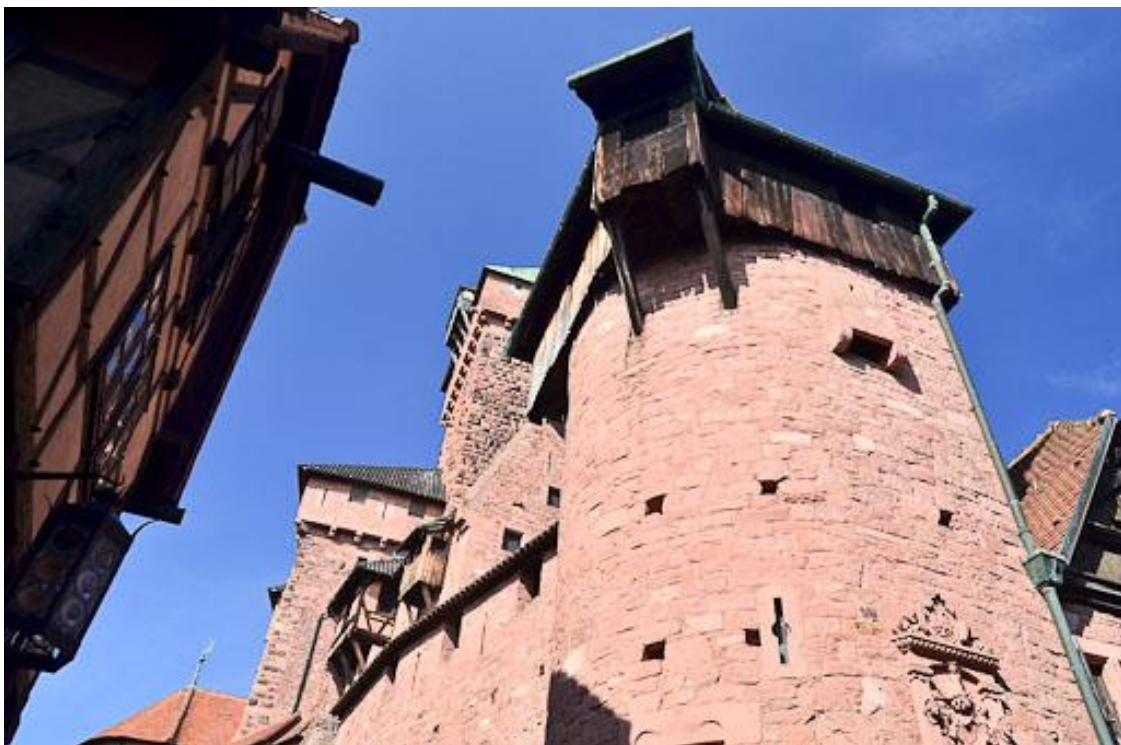


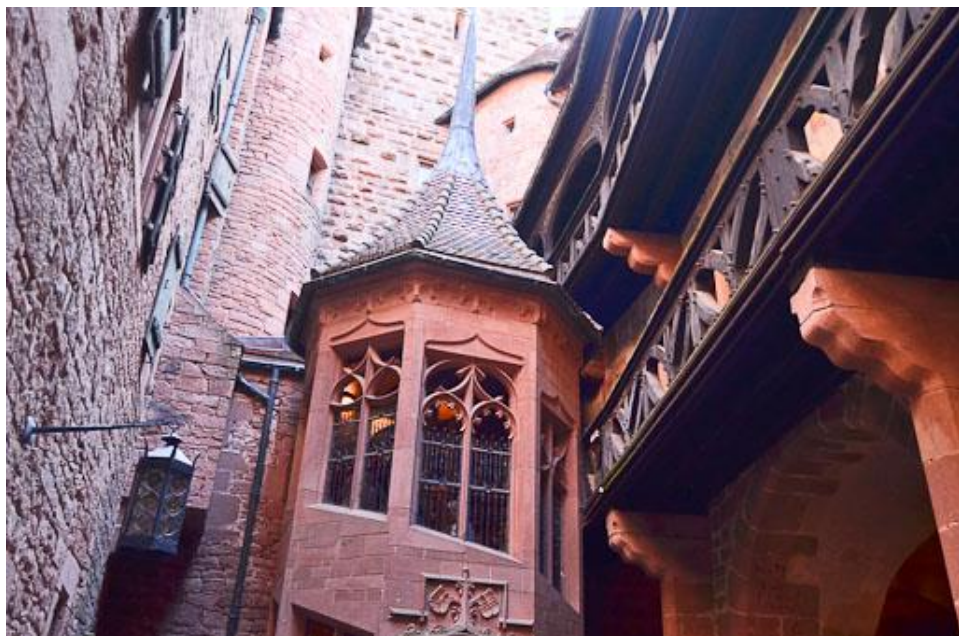


Pasado el portón de entrada y corredores de defensa llegué a un pequeño patio adoquinado, rodeado de salas y pabellones, desde donde partían escaleras de caracol que subían a los apartamentos de los señores.

Se sucedían numerosas y oscuras cámaras de estilo gótico y otras muy espaciosas de estilo renacentista interconectadas. Salas que me impresionaron por el refinamiento y lo profusamente amuebladas con sus pinturas murales y con sus paredes revestidas de paneles de madera oscura, de estilo antiguo, que rebosaban de antigüedades. De los techos, bellamente coloreados, colgaban grandes lámparas. La primera planta parecía destinada a los caballeros, la segunda a la alta nobleza.

El conjunto recreaba una atmosfera real de vida con los apartamentos amueblados, sala de fiestas, armería...y me encantaron las grandes estufas recubiertas de cerámica de color.





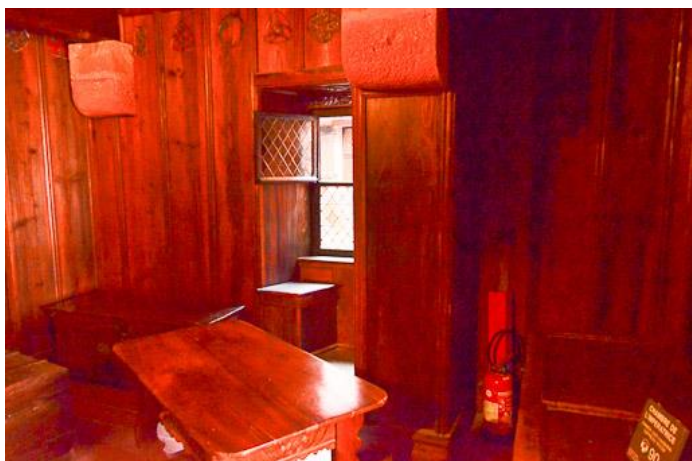


De todas formas tuve la sensación de que solo se podía visitar parte del palacio, la otra permanecía cerrada. O puede que, aun con el plano, me saltase algún acceso en este laberinto oscuro de galerías. Al torreón principal, con su fantástica vista panorámica, no pude subir.

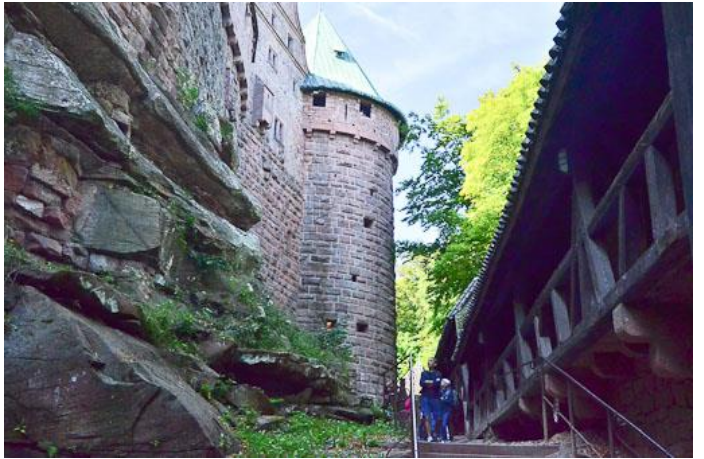
Saliendo de la zona del castillo, destinada a palacio, y pasando por un puente levadizo se llegaba a la parte más alta del castillo, el baluarte occidental. Este patio estaba ornamentado con un jardín de estilo medieval que, atravesando otro puente levadizo, me conducía al Gran Bastión. El lugar tenía el aspecto más militar de todo el castillo y se encontraba flanqueado por dos grandes torres circulares cuya utilidad era proteger la zona más delicada de la fortaleza.

En la parte superior, y bajo un entramado de madera que articulaba los grandes techos cónicos, había una exposición de cañones antiguos asomando por las troneras. Desde esta plataforma de artillería se ofrecía un panorama maravilloso de los Vosgos, recubiertos de una gran foresta, y la llanura de Alsacia con una gran neblina ocultando el Rhin.









SCHERWILLER



Desde el castillo la carretera bajaba por la colina entre laderas sembradas de pinos. El camino se abrió y por fin se extendió ante mis ojos la gran planicie de Alsacia, donde las fincas y pequeñas poblaciones se extendían en el paisaje durante kilómetros. Rodaba en pleno campo, bajo unos cielos sin nubes, y el verde de los viñedos saturándolo todo.

Scherwiller se manifestaba flotando, silenciosa, como si acabase de salir de un sueño. Admiraba el magnífico espectáculo que ofrecía y trasmitía un carisma inmediato. Este bello pueblo florido, en la ruta del vino, parecía vivir lejos de la avalancha de turistas mostrando orgulloso sus exuberantes casas alsacianas y los pequeños canales decorados con bonitas plantas y coloridas flores que colgaban de los minúsculos puentes. Las casas, que se alzaban sobre los canales, competían en color con las coloridas composiciones florales.





Simplemente pasé el tiempo caminado por las callejuelas, sorteando estas numerosas acequias canalizadas, y por lugares donde me encontré inmerso en el más completo silencio. Aspiraba el discreto aroma a musgo y flores que flotaba en el ambiente. La magnificencia de la representación sólo se quebraba por la carretera que atravesaba la población. El ruido de los escasos vehículos rompía la entrega al silencio.

Scherwiller está atravesado por el río “Aubach”, que se divide en pequeños arroyos canalizados que llevan el agua a un centenar de lavaderos, esta particularidad dan un encanto especial al pueblo. Una fiesta anual, en la que los habitantes vestidos tradicionalmente representan las actividades de las lavanderas en estos pilones, nos da idea del significado que tuvieron estas fuentes en su historia.





A lo largo del “Aubach”, de sus calles y plazas, contemplaba las típicas casas notables y muy bien conservadas de los siglos 17 y 18. Casonas entramadas y bellamente pintadas que me seducían con la combinación de autenticidad, arquitectura y colorido.

En las alturas del pueblo asomaba, en un afloramiento rocoso, el castillo de “Ortenburg”. Un buen lugar para dar un paseo y admirar las vistas del pueblo y sus viñedos. El avance del Sol apremiaba, tenía que visitar varias aldeas antes de llegar al lugar de pernocta en Mittelbergheim. Continué viaje a otra exquisita localidad.





